


CUENTOS DE AMOR Y DE TRISTEZA

Cuadros Levantinos—6

U. A. N. D.



Cuento de Enero

Al anochecer llegaron á la aldea, después de dos horas de camino en carruaje. Nieves estaba asombrada de aquel clima dulce, de aquel sol brillante que pintaba de rosa los montes cercanos y de carmín obscuro las lejanías; de aquella pureza de atmósfera, toda azul en lo alto, diáfana en el horizonte, dejando ver los contornos de la sierra y la masa del arbolado con admirable claridad.

La huerta dormía el sueño de invierno, pero un sueño reposado, en lecho caliente y mullido. Los almendros mostraban todavía sus ramas negras y desnudas, en que las tempranas yemas aún no tenían color propio ni forma definida; pero su negrura y su desnudez apenas se notaba en medio de la espesura dominante de olivos

y algarrobos, que mantiene la nota verde y fresca todo el año. Las tierras verdeaban también con los sembrados nacientes.

—¡Pero esto no es invierno!—decía Nieves, mientras subía la escalera del chalet del brazo de Guillermo.

—¿Qué se había pensado la señorita?—atrevióse á decir el casero, que venía detrás, con la maleta al hombro.—¿Que aquí hace tanto frío como en su tierra?

—¡Ah, mi tierra!—exclamó Nieves con ligero estremecimiento nervioso, expresión de un recuerdo dulce y triste á la vez.—¡Siempre está nevando allí!

—Pues ya verás; mañana por la mañana—observó Guillermo—hemos de levantarnos temprano para ver salir el sol.

—¡Ya lo creo!—contestó ella, soltándose del brazo de su marido y quitándose la capa de viaje, que le daba gran calor.

Cenaron temprano, en el gran comedor del chalet, sin chimenea ni brasero y con apetito de recién casados, jóvenes y llenos de vida. Al entrar en la alcoba para acostarse, notó Nieves que la criada había echado sobre la cama todas las mantas de la casa.

—¡Uf, qué peso! Esta muchacha cree que estamos en Siberia.

Aligeró la ropa y abrió el balcón un momento, para renovar el aire de la habitación durante muchos meses cerrada.

—Nada se les ocurre—dijo.—Esto huele á humedad.

Y salió afuera para respirar el ambiente del campo.

—¡Cuidado, cuidado!—exclamó Guillermo.—No seas niña; mira que las noches de invierno son traidoras.

—¡Pero si es una hermosura esto! Ven y verás.

Lo atrajo á sí, se apretó contra él y entornó los ojos, gozándose en aquella intimidad en que les dejaba la noche oscura y silenciosa, de una frescura suave que halagaba los sentidos. En el cielo, limpio de toda nube, brillaban las estrellas con fuerza inusitada, y se distinguía bien el color de sus luces azuladas, rojizas, amarillentas ó blancas. El campo era todo una masa negra, sin el menor ruido, y del jardín próximo subían perfumes de violetas y de heliotropos en flor.

Sobrecogidos con la calma y el temple primaveral de aquella noche, marido y mujer callaban, estrechando sus cuerpos. De pronto, dijo ella muy bajito:

—¿Quieres que vivamos aquí siempre?

—¡Aquí!—exclamó él sorprendido y medio riendo.—Te aburrirías pronto...

—¡Ay, no!—interrumpió Nieves;—aquí no dejarás de quererme nunca. Donde no hay invierno en la Naturaleza, no puede haber frío en los corazones.

Y colgándose de su cuello, le hizo bajar la cabeza y le besó con todo el calor de cien veranos juntos.



Confesión de un vencido

«Crean ustedes (lo dice una mujer) que los hombres son muy tunantes, sobre todo cuando además de hombres, son primos; quiero decir, cuando tienen primas tan tontas que se ablandan ante sus amorosas quejas. Me sobra razón para decirlo y aun para chillarlo á los cuatro vientos. La verdad es que debía enfadarme más conmigo misma y con todo mi sexo que con el otro; ¡porque si ustedes supieran lo que ha sucedido hoy, es decir, lo que á mí me ha sucedido!... Es inútil que pretenda callar. Se me viene la confesión á los labios, y si no lo digo reviento. ¡Estos nervios tan graciosos que Dios me ha dado! ¿Pues no resulta ahora que tengo una alegría feroz? ¡Ah, tunante!

»Cuando rompimos nuestras relaciones, fué una suerte que él estuviera en Barcelona. A tenerlo delante, le abofeteo, de seguro. Porque la culpa la tenía él, vaya si la tenía. Puede, no digo que no, que yo me extralimitase algo en aquella carta; pero, de todos modos, estaba en mi derecho. ¿Se figuraba ese... que iba yo á mendigar su cariño?

»Después de esto, calma completa y dos meses sin noticias tuyas. ¡El muy ingrato! Nada; ni una letra, ni siquiera á mi madre. Bien podíamos habernos muerto las dos, y él tan tranquilo. A mí (debo confesarlo para vergüenza mia), según fué pasando el primer arrebató, se me iba ablandando el corazón. El hecho es que, cuando sucedió *aquello*, me quedé como boba, ¿qué se yo?, así, sorda, como se queda una casa de muchos chiquillos después que salen todos de paseo. ¡Pues nada! La bobería fué de mal en peor, y concluyó por ser pena, verdadera pena. Callandito, callandito, y en lo más hondo del alma, llegué á confesarme que me arrepentía de lo hecho y.... que le quería aún, vaya si le quería. Pero la dignidad ante todo. Resolví enérgicamente no ceder, aunque me lo pidiese de rodillas, aunque volviese

hecho un santo, canonizado y todo. Estaba bien segura de mi misma en este punto; y sobre todo, ¡volver él! ¡Bonito orgullo gasta para humillarse! Estaba yo bien segura de que no volvería aunque se muriese... ¡Como no hubiera encontrado ya otra por ahí!

»Hoy es su santo. Bien me acordé al despertarme. Cuando sali de mi cuarto vestida para ir á misa, me dijo Juana que la mamá no se había levantado. Jaqueca tenemos. Fui á su alcoba, y, claro es, jaqueca! Resultado: que fuimos Juana y yo solas á misa.

»He oído pocas con tanta devoción. Recé por la mamá, y luego, con un poco de vergüenza, por el santo del día. ¡Mala persona! ¿Que estará ahora haciendo? (Claro es que hablo de *él*, de mi primo, no del santo).

»Se acabó la misa y salimos. El calor apretaba ya de firme; ¡pero había un olor tan delicioso de rosas y nardos en la calle! De repente, al doblar una esquina, ¡zás! un caballero que nos para. ¡¡Virgen del Socorro!! Al principio no lo conocí, ofuscada con la luz del sol que me daba de frente; pero en cuanto me habló y oí el timbre metálico, vibrante, enérgico y ca-

riñoso á la vez, de su voz, me flaquearon las piernas. Debí ponerme muy colorada y no supe qué contestar.

»Y él como si nada, se me puso al lado y me preguntó por mamá. No tuve más remedio que contestarle, claro es; hubiera sido una descortesía; pero contestaba maquinalmente, casi sin oírle, como si me hablara de muy lejos, desde Barcelona. Lo que me preocupaba entonces era la gente. ¡Bonitas cosas iban á decir! Yo, colorada como un pavo, y él allí, charla que te charla. Para colmo de desdichas, pasaron las de Gómez. ¡Qué ojos nos echaron! ¡Envidiosas! Ya sé que se alegraron mucho cuando rompimos.

»La mamá recibió muy bien á Guillermo. Siempre le ha querido mucho y aún le disculpa y le defiende cuando yo me sulfuro más de lo regular, acordándome de *aquello*. Le estuvo regañando un poco por no haberle escrito en tanto tiempo. Luego ya no sé de qué hablaron, porque yo me sali de la alcoba para traerle un caldo á mamá.

»Lo gracioso es que no me atrevía á volver.

»No exagero si digo que temblaba como cuando estoy nerviosa de veras. Y

lo estaba. Motivos, bien los habia. Por fin me decidi. Juana pasó delante con el caldo y yo me detuve en el comedor para sacar el jerez, que tanto gusta á mamá.

»Cuando tenia inclinada la botella para verter el liquido, oí su voz en el corredor. Me llamaba. ¡Y tenia valor para llamarme! ¡Vaya! Y algo más. Entró.

»—Tu madre no quiere caldo, no quiere nada—dijo.—Pide antipirina.

»Me atrevi á mirarlo cara á cara. La verdad es que aún no le habia mirado bien. Estaba menos moreno, más grueso, con los labios más rojos. Me pareció, sin embargo, más feo que antes. Debía ser la barba, demasiado larga y áspera. ¡Dios mío! ¿Por qué no cuidarán más su *toilette* estos hombres?

»Él me miraba también y sonreía. La sonrisa me pareció un desafío. Me puse otra vez colorada, pero de rabia.

—Bueno—contesté.—¿Querias algo más?

»Lo dije tan secamente, que creí se iba á ir. Pues no, señor; á la otra puerta. Avanzó unos pasos y dijo levemente: ¡Sí!

»Me callé; empezaba á sentirme mal.

»Avanzó aún, casi hasta tocarme, y medió sonriendo siempre:

»—¿Se te ha pasado ya el enfado con-

migo?—preguntó, comiéndoseme con los ojos.

»—No, no—repuse.—¡Si te parece! Hay cosas que no se perdonan.

»—Mala cristiana *haces*. El tiempo lo perdona todo... y yo también.

—¡Tú, tú!—grité.—¿Pues qué te he hecho yo, di, qué te he hecho, si no es quererte como nunca has merecido?

»Comprendí en seguida que había dicho una imprudencia, al observar la alegría que se pintó en su rostro. ¡Ay, ay! ¡Qué mal se ponía aquello! Decididamente, yo flaqueaba. El muy tuno, cambió en seguida de expresión y se puso muy triste.

»—¿Conque no?—dijo.—¿Habré de marcharme rompiendo el ramo de olivo que traje? ¿Vas á condenarme para siempre á eterna soledad, á frío moral perpetuo, á vagar en la vida con el vacío de un cariño que nadie más que tú puede llenar?

»No sé á punto fijo si lo dijo así; pero fué algo muy parecido, sin duda. El hecho es que me enternecí más. ¡Y se iba poniendo guapo el muy traidor! Tuve alientos para decirle:

—¡Si crees que vas á engañarme con tus palabras dulces! Ya no puedo creerte, aunque lo jures.

»Y en seguida me arrepentí de haber dado esta sentencia tan grave, porque se puso muy serio. El pobrecillo es muy bueno en el fondo, muy trabajador, muy decente. Puede que se haya arrepentido.

»Creí, por un momento, que iban á saltarle las lágrimas. No debía saber lo que se hacía, porque me cogió una mano entre las suyas y la apretó suavemente. Me entró una flojedad muy dulce; un hormigueo suave, que iba desde la mano al pecho, quitándome las fuerzas.

»—Oyeme—decía él.—Te lo digo como si hubiera de morirme en el instante. ¿No te parece que haremos una tontería si acabamos de veras nuestras relaciones? Estas cosas tienen remedio la primera vez; la segunda, ¡imposible! ¿A quién voy yo á querer sino á tí? Ya no soy ningún niño; te he consagrado mi primera juventud, viviendo contigo en intimidad estrecha de ideas y de ilusiones. He ocupado en formar tu espíritu tanto tiempo como en educar el mío; nos hemos acostumbrado el uno al otro. ¿Quieres que ahora me eche á buscar en el torbellino de la vida otra mujer á quien darle mi cariño, á quien adaptar de nuevo, de manera que nos entendamos como nos entendemos tú y yo.

»No fué ya hormiguelo, sino una punzada muy fuerte lo que senti en el pecho, sobre el corazón, y de repente me puse muy triste.

»—Dime que no quieres eso—añadió.— Dime que el enfado fué cosa pasajera, que el cariño sigue en ti lo mismo que antes, lo mismo.

»Me cogió la otra mano y murmuró á mi oído:

»—¿No es verdad?

»¡Ah, infame! Sí, era verdad; y debió leerlo en mi mirada, en mi sonrisa, en la presión suave de manos con que espontáneamente contesté á la suya.

»¡Dios mío! ¿Y en eso han parado mis propósitos de castigo y de energía? ¡No, no le perdono que me haya vencido, y se lo haré pagar!... ¡Vaya si lo paga!...

»¡Y cómo van á rabiarse las de Gómez!»

Lo muerto y lo vivo

(ESCENA DRAMÁTICA)

(Angulo de un invernadero, con puerta al fondo y varias sillas de jardín entre las plantas. En una de las sillas, sentado, Miguel. Es de noche. Lamparitas incandescentes alumbran con gran claridad la escena. A lo lejos se oye rumor de música.)

Andrea. *(A la puerta del invernadero, de espaldas, hablando con otro personaje que no se ve).* ¿Prefieres seguir paseando? Yo no. Voy á descansar aquí, lejos del bullicio de los salones.

Miguel—*(Al oír la voz de Andrea se levanta precipitadamente y exclama):* ¡Andrea!

(Andrea vuelve la cara, y al ver á Miguel retrocede).

Miguel.—(*Con ansiedad*). Un momento, por favor. ¡Hace tanto tiempo que no te veo! Diez años sin hablarte, casi sin saber de ti. (*Notando que Andrea intenta de nuevo marcharse, se interrumpe para decir con amarga tristeza*). ¿Tanto odio me tienes?

Andrea.—(*Avanzando un poco y con afán, como quien se sincera*). ¡Odio! Nunca lo tuve.

Miguel.—¡Si tú supieras cuánto he sufrido en estos años, torturado por la idea de que tú me despreciabas, me creías culpable, olvidado de ti! Y la suerte se empeñaba en separarnos, arrojándome á mi cada vez más lejos, en mayores desventuras y tristezas!

Andrea.—(*En tono de serena reconvencción*). También yo he sufrido, y en el sufrimiento he ganado la mortal serenidad que hay ahora en mi alma. No quiero remover las aguas dormidas. Adiós.

Miguel.—Concédeme siquiera el derecho de sincerarme. Tal vez haya aún para nosotros nueva aurora de días felices.

Andrea.—No. Lo pasado no vuelve. Hay muchas amarguras de por medio. Te concedi toda mi confianza, oí tus palabras como las de un oráculo, fué tuya toda mi

alma, y la echaste á tus piés cuando más adoraba en ti.

Miguel.—¡Siempre ese fatal error! ¿Todavía piensas que te engañé, que mi amor fué fingimiento, mentira ó ilusión alada y ligera?

Andrea.—¡Mentira, mentira! Bien sabes que lo fué.

Miguel.—Pero si no es cierto; si te he querido siempre, si te quiero hoy como el primer día!... ¿Cómo vas á condenar toda mi vida de cariño por un momento de obcecación?

Andrea.—¿Y los hechos?

Miguel.—No hablemos de lo que pasó. ¿Quién sería capaz de discernir responsabilidades en los hechos de la vida, tan complejos que empiezan en nada y se enredan y multiplican en mil incidentes, enmarañándose cada vez más con elementos extraños y diversos?... Hablemos del presente; sepa yo si en tu alma queda alguna chispa de aquel fuego en que me abrasé, y veamos si aún es posible restaurar lo antiguo, volver á los tiempos hermosos de nuestra primera juventud.

Andrea.—(*Con resolución y avanzando maquinalmente hacia Miguel, á medida que habla*). Has removido hasta lo más

hondo y olvidado de mis tristezas y de mis ilusiones. Un paso más y caería de nuevo, soñador eterno, en el mundo engañoso de tus fantasías. Pero me salvaré y te salvaré á ti... Tú no has sufrido como yo. Lo conozco en tus palabras. No hablarías, si no, de restauraciones imposibles... Quiero que lo sepas todo, que midas al fin, realmente, el grandor del daño causado; quiero que veas cómo el peso de lo muerto en mi alma ahoga lo vivo que aún queda en ella y detiene su vuelo. Oye bien lo que voy á decirte... Te quiero, te quiero, como en los mejores días de nuestro amor...

Miguel.—(*Interrumpiéndola, con inmensa alegría*). ¡Ah, mi esperanza, que no en balde me sonreía!

Andrea.—Aguarda un instante... No sólo te quiero; conozco además que nunca podré arrancarme este cariño del alma. ¡Has entrado tanto en mi vida! Y sin embargo, no cabe restaurar nuestra felicidad pasada... ¿Te admiras? Lo creo; de estas cosas no entiendes tú. Tu guía es la cabeza, donde todo problema se resuelve, toda combinación es posible y toda idea renace; no el corazón, donde nunca resucita lo muerto. Para ti no hay nada imposible, lo sé. Te sientes capaz de volver á aquellos

días de amor inmenso, confiado, como si nada hubiese ocurrido... Yo no; la herida de mi alma ha sido tan profunda que no cicatrizará jamás. No he perdido el cariño hacia tí, pero he perdido la fe. No te creo.


Miguel.—¡Pero no es posible, no es posible eso que dices!

Andrea.—Si; porque lo es, hago el sacrificio de mi cariño. Puesto que te quiero, ¿qué me costaría dar satisfacción á mi sentimiento? Pero si lo hiciera, mi vida sería un tormento atroz, porque tú ya no puedes volver á ser para mí lo que fuiste. He sufrido tanto, que no tengo ya fuerzas para volverte á mi fe. Y sería un infierno amarte y no creer en tí, recelar y dudar á cada momento, beber juntamente el acibar y el néctar...

Miguel.—¿Pero no basta el cariño?

Andrea.—No. He ahí tú error. Lo que más importa no es querer, sino creer. ¡Y la fe perdida, ni tú ni yo la podemos encontrar en nuestras solas fuerzas!





Fantasmas

Si dijera, para darme aires de indiferente ó despreocupado, que no experimenté emoción alguna al ver á mi antiguo amigo Enrique (Enrique Suárez, el médico cuya fama es universal y á quien de seguro conocen mis lectores), mentiría; y en verdad, no quisiera mentir por nada de este mundo. Diré, pues, que tuve gran alegría al encontrarle en el Retiro, hará cosa de un mes.

Figúrense ustedes que habíamos estado más de tres años sin vernos, los mismos que yo pasé en Alemania estudiando.

Los dos éramos (y aún somos) bastante rehacios para escribir; tanto, que á pesar de querernos mucho, creo que en todo aquel tiempo no cambiamos más que una carta: á saber, la que Enrique dedicó á

noticiarme, en tres renglones justos y anchos, que acababa de casarse, y la que fué contestación mía, felicitándole y pidiéndole que me dijese su nuevo domicilio. Pero como si se lo preguntase á la luna.

Dejando esto, quedamos en que tuve alegría de ver á Enrique. Nos abrazamos y comenzó el tiroteo de recriminaciones y preguntas. Siempre pasaba lo mismo: nos echábamos en cara nuestra mútua pereza y acabábamos por reirnos y por abrazarnos otra vez.

—¿Dónde vas?—le dije, deseoso de acompañarle y de que charlásemos un poco.

—Aquí mismo, á la casa de fieras.

—¿Eh?

—Voy á recoger á mi chiquillo, que estará con su ama contemplando los monos. No hay nada que le divierta más.

—¿Pero tienes un hijo? Y no me habías dicho nada.

—Vaya si te lo dije... Se perdería mi carta. ¡Estos correos!

—Sí, échale la culpa al correo. Como si yo no te conociera.

—Puedes creerme, chico. El Evangelio puro.

—Bueno; pero como no llegó á mí la

noticia, repítemela. ¿Cuántos años tiene tu hijo? ¿Cómo se llama?

—Se llama como yo y tiene dos años.

Dijo esto Enrique con una satisfacción muy grande, que le hizo relampaguear la mirada, siempre atrevida y luminosa.

—Y eres feliz, ¿verdad?, pregunté, bien cierto de que la contestación sería completamente afirmativa, y un poco ganoso también de que Enrique me confiase sus satisfacciones.

—Muy feliz—contestó. Y en seguida, con sonrisa de parecía burlona, añadió mirándome de hito en hito: «Mi trabajo me cuesta.»

—Y eso?—dije.

—¿Eso?—siguió él.—Es toda una historia. Ven, daremos un rodeo y te la contaré. De fijo la apuntas en tu cuaderno de observaciones psicológicas.

Me cogió del brazo y comenzamos á caminar por una alameda que bañaba á trechos el sol y de cuyos parterres laterales salía grato aroma de violetas tempranas.

—¿Recuerdas--empezó mi amigo--aquella novia que yo tuve, la primera, la que yo creí que iba á ser mi mujer?

—Sí, pero rompiste con ella.

—Claro, puesto que me he casado con otra. Pero tienes razón; cuando terminaron aquellas relaciones aún estabas tú en Madrid y te conté lo sucedido. El caso es que yo quería de veras á Elena (¿te acuerdas que se llamaba Elena?), ó mejor dicho, había puesto en aquellos amores toda mi ilusión, todo el fuego de mi juventud. Realmente, aquella mujer me enseñó á amar, me hizo sentir por vez primera las emociones de la simpatía de sexos, de la intimidad de dos vidas que se buscan y se desean. Leímos juntos todo el poema del cariño hasta el canto anterior al matrimonio, y de mi parte puse en la lectura todos mis sentidos, toda mi alma.

»Concluyó Elena por ser para mí, más que una mujer, una representación viva y elocuente de todos los ensueños, de todos los arrebatos líricos de la juventud, de los cuales, chico, por más que se rían los positivistas y los puritanos, hay que decir que son la sal de la vida, lo inevitable romántico de todos los que sienten bien, confíésenlo ó no lo confiesen. Aquello se borró de pronto con la riña. Me enfadé de tal modo, que me hice de golpe insensible como un mármol para todo lo que se refería á Elena. Te diré que hasta creí ter-

minada mi carrera sentimental. Después de enterrada esta ilusión (pensé) ya no tendré alma para otra. Efectivamente... la tuve.

»Pero, desde el principio, tomaron mis amores caracteres muy raros. Tenía vergüenza de hacerlos públicos, como si con ellos quebrantara algún voto; y hasta mantuve por algún tiempo la ilusión de que no me dominaban, de que sólo quería yo con la cabeza, friamente, por necesidad social de tener para el día de mañana una familia. A tí mismo, la primera noticia de ellos que te di fué la de haberme casado... ¡Pero, que si quieres! Poco á poco me fui convenciendo de que volvía á querer de veras, de que me interesaba mucho mi novia, aunque, francamente, no encontraba yo en mi aquel calor, aquel entusiasmo comunicativo de otros tiempos. Parecían mis amores los de un viejo y una niña. No pararon aquí las rarezas. Mis relaciones atravesaron un largo período de media correspondencia, como quien dice, antes de que se abriera paso la verdadera intimidad; y cuando ésta llegó, cuando habló francamente el sentimiento y empezó á hacer de las tuyas mi natural cariñoso, se presentaron nue-

vas angustias, peores que las primeras y de condición todavía más alarmante.

»Figúrate que todas las palabras amorosas que le decía á mi novia, me sonaban así como las de una lección aprendida, de un papel de comedia que yo repetía después de estrenado en otra parte.

»Recordaba haberlas dicho á otra persona, y no obstante sentir las sinceramente, se me figuraban falsas.

»En vez de dirigirlas á mi novia, á la que es hoy mi mujer, parecíame que iban á la otra, á Elena; y la figura de ésta, la imagen de las escenas iguales con ella pasadas, se me aparecían con claridad enorme, perturbándome y haciéndome estremecer.

»No podía decir ni hacer nada que no encontrase precedente en el recuerdo.

»Hubiese querido inventar frases nuevas, conceptos de amor no usados, sin los cuales, todas mis emociones, todos mis arrebatos íntimos, parecíanme cosas gastadas, repetidas, faltas de frescura, de espontaneidad, así como esas gacetillas de pésame de los periódicos que, á fuerza de ser siempre iguales, ya no nos dicen nada.

»Todos mis esfuerzos eran inútiles. Había agotado de tal manera, la primera

vez, las combinaciones del afecto, que ya no hallaba ninguna virgen. Y no paró aquí el suplicio, tanto mayor cuanto que yo sentía cariño verdadero por mi nueva novia. La evocación de mis primeros amores acabó por ser completa y continua. Hasta tenía mi novia posturas, inflexiones de voz, gestos, de la otra. Cada movimiento suyo era un pinchazo doloroso en el corazón: «Así hacía Elena; así se puso tal día...» y para evitar estos dolorosos recuerdos tenía que callarme, que mostrarme frío. Concluí por no poder pensar más que en Elena y ¡aquí viene lo más raro! por enamorarme de ella otra vez, ó á lo menos, por creer que me había enamorado.

»Parecíame que sólo con mi antigua novia encontraría de nuevo la juventud, la alegría, la ilusión de los primeros amores, la suave y dulce ceguera del cariño que todo lo dora y engrandece; y sin embargo, no dejó de interesarme ni por un momento la que es hoy mi mujer, pero me interesaba de un modo así casi filantrópico y creyendo á piés juntillas que sería infeliz con ella, que no podría quererla como era preciso para unir mi vida á la suya.

»Tuve suerte que Elena no estuviera entonces en Madrid. A raíz de nuestro rompimiento había marchado con su madre á Bilbao, donde murió un pariente dejándoles pingüe herencia, según dijeron. De otro modo, estoy seguro de que hubiésemos reanudado las relaciones, ó, cuando menos, yo hubiera intentado hacerlo así.

»La obsesión duró tantos días, que pensé muy seriamente (movido por lealtad sincera), en renunciar á mi nueva novia. Afortunadamente, pareció que ella preveía el golpe. A medida que yo iba preocupándome y retrayéndome, aumentaba ella sus manifestaciones de cariño.

»Y al cabo venció... es decir, no sé si venció ó es que la imagen romántica de mis primeros amores, como arco-iris que un punto proyecta el sol sobre el horizonte lluvioso, se desvaneció suavemente, después de haber brillado con gran fuerza. Quedé resignado, triste, como después de una grande, irreparable desgracia... Como quien toma un calmante, un narcótico, me acogí al amor de mi mujer, hice por quererla con toda mi alma... y la quise; de tal modo, que en ella encontré un cariño no soñado, una felicidad nueva, en que

todas las palabras y todos los hechos parecían creaciones maravillosas, sin recuerdo ni eco...

—Mira—añadió interrumpiéndome—ahí viene mi chiquillo... La señal de alianza con la realidad. Ellos son los grandes demoleedores de ensueños; y como se les ama tanto, se ama también mucho á su madre. Esa es la gran victoria de las uniones completas, consumadas. ¿Qué mujer podrá luchar con la que nos da hijos?»

Y Enrique adelantó el paso para coger á su pequeño, que, tambaleándose, corría como un pajarillo, menudamente, agitando las manecitas, como si quisiera volar á los brazos de su padre.

Y cuando llegó á ellos, lo volvió Enrique hacia el lado que yo estaba. No supe hacer otra cosa que besar al niño... y pensar que algún día, sin duda, comprendería yo también lo que mi amigo acababa de decirme.

